

Casa Alejo Zuloaga



Juguetes de siempre,



artesanos de hoy

fundación
EMPRESAS POLAR
30 años



Presentación

Dentro del Compromiso Social de Empresas Polar, la Casa Alejo Zuloaga de Fundación Empresas Polar ha cumplido y cumple, cada vez más, un papel muy especial. El trabajo llevado a cabo y la manera como el entorno se ha compenetrado con la institución han hecho posible algo que es la aspiración de muchos establecimientos de similar naturaleza: el hecho de que la comunidad tomó la Casa para sí, la hizo suya, siente un especial cariño por los programas que aquí se adelantan, concebidos para cubrir las necesidades de los sanjoaquineros y zonas aledañas. Esto, ciertamente, nos llena de orgullo y alegría, porque vemos consolidados los objetivos que nos propusimos cuando proyectamos la creación de este centro pluricultural. Pero hay otra característica aún más satisfactoria. Quien entre a la Casa Alejo Zuloaga cualquier día de la semana se da cuenta de una manera absolutamente palmaria de que esta casa es de los niños, de los estudiantes, de los jóvenes que han encontrado

en ella un espacio siempre abierto para la formación, el estudio y la diversión, a veces todo junto como en realidad debería ser siempre. Muchachos con sus uniformes escolares, con sus útiles y llenos de vitalidad cruzan estos hermosos pasillos cobijados por los helechos, con la algarabía que los caracteriza. Esta exposición, *Juguetes de siempre, artesanos de hoy*, se la queremos dedicar a ellos, a sus sueños, a la fuerza de su imaginación. Es un verdadero regalo. Soy la primera en dar las gracias porque la niña que hay en mí celebra esta muestra como cualquiera de los niños, grandes y pequeños, que comenzarán a llenar las salas a partir de hoy.

Leonor Giménez de Mendoza
Presidenta
Fundación Empresas Polar

***No hay imperio que
valga el que por él
se rompa la muñeca
de una niña.***

No hay ideal

El juego es una de las grandes pasiones del ser humano: representación y sueño, ensimismamiento y socialización, fantasía de ser el mismo y otro, agitación autónoma de un mundo cerrado en sí mismo, suficiente para darle pleno sentido a la vida. En el juego las horas pasan sin que percibamos su duración, de allí que la concentración también sea otro de sus atributos. ¿Quién no recuerda los regaños de los padres ante la tardanza en llegar a la casa porque se nos había ido el tiempo jugando? Y el instrumento ideal del juego, aunque no sea imprescindible para jugar, es el juguete. Los juguetes forman parte de lo mejor de nuestra vida, de las horas placenteras en donde aprendimos a competir y a compartir, a dirimir conflictos, a contentarnos con el triunfo pero también a aceptar noblemente la derrota. Podríamos decir, entonces, que el juego y el juguete son el gran laboratorio de la vida, una verdadera escuela de lo que significa vivir en sociedad. Los juguetes, además, poseen el encanto de lo que es, a un mismo tiempo, concreto y trascendente; una muñeca es un objeto que tiene tamaño, forma y color, pero los contenidos que cada niña pone en ellas difieren desde el punto de vista del sentido. Puede ser representación de la madre o de la vida adulta o de la posición de la niña frente al mundo de los grandes o, incluso, una encarnación de la imagen de la familia. Lo mismo podríamos decir de un carro, de un camión, de un tren, de yoyos y perinolas, de los móviles en el espacio.

***que merezca
el sacrificio de un tren
de juguete.***

Hay quienes piensan que en la vida contemporánea se juega menos, aunque es innegable que cada vez hay más juguetes. Pero también encontramos que los adultos se involucran mucho en los juegos. Éstas, tal vez, son posturas que nos colocan frente al desarrollo de la vida moderna. No obstante, lo que sigue siendo innegable es que la civilización no podría existir, como postuló Johan Huizinga en su famoso libro *Homo ludens*, sin el juego y los juguetes. Somos seres humanos porque jugamos, porque tenemos un sentido lúdico que nos permite recrear la existencia, aspirar a la libertad que da el juego, así como a la autonomía que nos brinda. Imaginación, sentido del pasado y del presente, capacidad de compartir con los otros, desarrollo de aptitudes (afectivas, psicomotoras), esos son los límites donde nos colocan tanto el juego como los juguetes. Límites que están ahí justamente para ser traspasados. Porque el juego es, por paradójico que parezca, una acción perfectamente inútil y de la mayor trascendencia. Ante la seriedad e importancia que cualquier niño le otorga al juego, muchas veces encuentra la incompreensión de los otros, de los adultos, que no entienden estos códigos y, por tanto, le restan densidad a lo que el niño sabe de la mayor gravedad. Es lo que hace decir en un momento al Principito, el personaje de la obra homónima de Saint Exupéry: «¡Y ninguna persona mayor comprenderá jamás que esto tiene tanta importancia!» Así son los juguetes: inestimables, aliados, fieles.

Otra característica o, más bien, condición que permiten los juguetes es el manejo del ocio, del ocio creador, aquél que posibilita dedicarse por completo a algo que no tiene «rendimientos», que no es cuantificable desde ningún punto de vista. Es a lo que más se teme en la sociedad contemporánea. Hoy en día resulta común escuchar a los padres preocupados porque se ven en la obligación de llenar con actividades «productivas» el tiempo libre de sus hijos, sin darse cuenta de que el ocio también es fundamental para su crecimiento, para conseguir la autonomía que necesitan, para poder imaginar libremente. Allí no hay mejor compañía que los juguetes y la soledad gozosa donde el niño compone el mundo a su antojo, con reglas que le son propias; representación y a la vez invención en donde el niño se erige, tal vez por vez primera, en arquitecto de su vida.

Esta exposición quiere rendir un homenaje al juguete y a los paraísos de la infancia, pero también a aquellos hacedores que, con su trabajo e imaginación, logran darle vida a los juguetes de siempre, a los que no conocen de modas ni tiempos porque están más allá de ellos. Si es verdad que cada juguete obedece a una situación y una cultura, algunos pareciera que representan ciertos arquetipos porque logran arraigar en el alma de niños de tiempos y condiciones culturales muy distintos. Cuatro artesanos, cabría decir en este caso con toda propiedad *maestros*, nos acercan a sus propuestas en el ámbito de los juguetes. Ellos tienen la virtud de otorgar alma y vida a cada uno de sus objetos e imprimirles su sello personal. Una vez que nos familiarizamos con sus piezas nos damos cuenta de que, aun siendo en muchos casos semejantes, podemos diferenciarlas con toda naturalidad y decir, como se lo hemos escuchado a personas en un mercado o en una tienda de artesanía: «Este es un carrito de Mario Colombo»; «Este es un soldadito o un trompo de Jean Pierre Le Corvec», «Este es un cocodrilo de Humberto Rivas» o «Este es un saxofonista de Víctor Caraballo». Todos dejan sus señas de identidad por el ingenio y la pasión volcados en cada uno de esos pequeños o grandes juguetes. Son objetos tan bien diseñados, tan extraordinariamente acabados, que nos asombra no haberlos vistos antes, si por primera vez tenemos contacto con ellos. Se han vuelto, en cierta forma, artesanos de culto, conocidos por un circuito de apasionados seguidores que les llevan su hoja de ruta, que en el caso de verdaderos artistas como éstos, está representada en las diferentes etapas que han vivido sus objetos, vale decir, la trayectoria seguida por sus juguetes a lo largo del tiempo.

Aquí vamos a penetrar en un mundo hecho para el sueño y dispuesto para el juego. Imágenes de movimiento o que lo evocan, imágenes de vuelo, personajes circenses, variaciones tradicionales y modernas de trompos y perinolas, carritos de carrera que quedaron atrapados como en una foto antigua salida de una película o de un apartado y nostálgico lugar de nuestra infancia. Este es, en verdad, el lugar del mito y de la utopía. El lugar en donde todos hemos estado y en el cual queremos seguir. Toquemos pues la puerta y ábramosla con la clara intención, como diría el maestro Julio Cortázar, de salir a jugar.



Mario Colombo

Basta intercambiar tan sólo unas palabras con Mario Colombo para percibir la agudeza de sus observaciones, su rigurosa percepción estética, el profundo conocimiento que tiene de la historia del arte. Es pintor, escultor, ebanista y... juguetero. Y esta faceta de su personalidad y de su obra no ocupa un lugar secundario, aunque Mario nos diga que esto es lo que hace por divertimento, por el solo placer de consumir las horas –largas– mientras les va dando forma a sus juguetes. Si uno tuviera que caracterizar con una palabra su personalidad diría, casi sin temor a equivocarse, que es la de un verdadero hacedor, pero, eso sí, connotando en esta palabra no sólo las capacidades intelectuales y manuales para hacer y ejecutar obras, sino también en el contexto primigenio de la palabra, el que utiliza Borges en su poemario, es decir, el poeta. Porque sus juguetes tienen la especial capacidad de construir un mundo paralelo. Estamos frente a un juguete, es cierto, pero también frente a algo más. Carritos de carrera «estacionados» en el tiempo con la potencia de sus motores intacta. En ellos nos sentamos al volante, nunca de copilotos.

Cuando un niño juega con estos carros, aunque los lleven de la mano, están en la cabina del piloto y con el pelo al aire. Nosotros, los adultos, aunque también estemos dentro vamos más bien del lado del paisaje, nos vemos allí como quien mira una película ¿la de nuestra vida, la de nuestra infancia? Así nos sucede con sus caballitos o bailarinas circenses. Tal vez el gran tema de Colombo sea el tiempo, que pareciera quedar atrapado en sus juguetes para devolvernos al niño que una vez fuimos. De forma casi inmediata, al contacto con sus piezas despierta con asombro aquello que creíamos dormido. Niño y adulto como las dos caras de una misma moneda. Acción, recuerdo y refundación. Otra vez regresamos a las andadas.



Mario Colombo
Bailarina rusa a caballo y caballo con apero 2008









Jean Pierre Le Corvec

Entrar en la casa de Jean Pierre Le Corvec constituye, en sí misma, una experiencia que se acerca mucho al juego y a la fantasía. Luego de atravesar, desde Mérida, el páramo andino que conduce a Tovar, al llegar venimos predispuestos para entrar en otro mundo; un universo caracterizado por albergar los juguetes, diversos, finos, cálidos que Jean Pierre viene haciendo desde hace más de dos décadas para alegría de niños y adultos. Porque, según él mismo nos dice, está consciente de que algunos de sus juguetes se dirigen más a la persona que va a hacer de ellos objetos estéticos, piezas decorativas propias de un coleccionista. Mientras que hay otros, muchos, que crea con el firme propósito de que los niños jueguen con ellos de la forma en que suelen hacerlo, es decir, con golpes de por medio. Sin embargo, luego de hacer esta precisión, sentimos que tanto unos como otros son capaces de mover las cuerdas más sensibles de nuestra imaginación para devolvernos a esa patria querida de nuestra propia infancia.

Jean Pierre es un maestro artesano que se ufana de serlo. «Es preferible ser un buen artesano que un mal artista», nos dice. Aunque en cierto sentido sabemos que miente porque el verdadero artista se define no por el tipo de obras que hace, sino por la forma de hacerlas, así como por el amor y la exposición personal que hay en ellas. Para nosotros y estamos seguros que para todo aquel que entre en contacto con el maravilloso mundo de sus juguetes, tanto el artesano como el artista conviven en Le Corvec en dosis exactas para mantener nuestro asombro y alegría al contacto con sus piezas.

Jean Pierre Le Corvec

Pájaro Martín Pescador 2008











Víctor Caraballo

Caraqueño, mecánico y músico. Estas tres características, podríamos decir, condicionan los comienzos de su trabajo. Sin embargo, se siente heredero de una tradición, donde el oficio de artesano encontró asidero y desarrollo a partir de las labores agrícolas del campo. Aunque no es merideño, su paso por la ciudad andina, ya cercano a cumplir los veinte años, es un punto de referencia en la evolución de su obra. Hay elementos que llaman mucho la atención en las piezas de Caraballo. Lo primero que habría que decir, sin mayores rodeos, es que sus obras no se ciñen fácilmente a lo que entendemos por juguetes. Lo son, sin duda, como son juguetes los móviles de Calder. Hay en ellos un espíritu de juego y de movimiento que tiene como telón de fondo una aspiración al equilibrio. Como en el célebre poema de T.S. Eliot, *Los cuatro cuartetos*, los «juguetes» de Víctor Caraballo se encuentran «en el inmóvil punto del mundo que gira». Equilibrio en medio de la danza; no resulta raro, entonces, que varias de sus piezas tengan al músico como uno de sus temas básicos: un pianista, un saxofonista. Si sus piezas son juguetes es, justamente, porque son enteramente musicales.

Son volúmenes que se mueven o que se mantienen en perfecto equilibrio creando un orden armónico en el espacio. De madera o latón, son obras que tienen curiosos mecanismos internos para posibilitar el movimiento. Víctor dice que a veces se acuesta cansado pensando que la solución técnica requerida no se va a presentar y, de pronto, observando un objeto cualquiera, sobreviene la respuesta que estaba buscando. Su curiosidad está detrás de la sencillez con la que fue resuelta una puerta, una ventana, el mecanismo interno de una máquina. «Yo a veces sueño que aparece un piano, pero está dañado. A lo mejor le falta una tecla», comenta como al pasar Víctor. No sabemos si está consciente de que lo ha arreglado para todos nosotros.



Victor Caraballo
Saxofonista 2008

Pianista 2008

Victor Caraballo



Victor Caraballo

Tigre 2008







Humberto Rivas

Nadie pensaría que el mundo artesanal y el propio curso de la vida de Humberto Rivas nació de una experiencia que es casi un cuento, lo que confirma que la realidad muchas veces sobrepasa el universo de la fantasía. Siendo apenas un niño, que para vivir se dedicaba a ser limpiabotas, un día se encontró en las calles de Mérida con los zapatos inmensos de un hombre que un poco más tarde supo se llamaba Javier Villafañe. Se le acercó para preguntarle que si le podía limpiar los zapatos, pero ese hombre grandote y barbudo que era Villafañe le contestó que no, que él mismo solía limpiarse los zapatos. Al cabo de los días lo encontró de nuevo en una plaza de Mérida con su grupo de titiriteros y Humberto se dedicó a mirar, arrobado de asombro, a esos personajes que actuaban detrás del teatrino. El nombre de la obra no puede ser más elocuente: *La calle de los fantasmas*. A Juancito, uno de los personajes, se le cae la espada y Humberto corrió a buscarla. Los demás le gritaban que la entregara rápido

para que la obra pudiera seguir su curso, pero para Humberto la espada significó algo tan grande que sólo es posible describir repitiendo sus palabras: «Entonces, se acabó la historia. Esto es lo que yo voy a ser». A partir de ese momento comenzó su viaje por el mundo de los titiriteros y, casi de manera natural, por la construcción de las propias marionetas. Todavía adolescente estudió en los talleres de carpintería de la Universidad de Los Andes, y en lo sucesivo no ha hecho sino cultivarse en ese oficio artesanal que él llama juguetero. Hoy en día comparte con generosidad lo que otros le enseñaron. Es por eso que, con toda propiedad, lo llamamos maestro. Las maderas que más utiliza son la de teca, el roble y el pardillo negro y siente que el movimiento artesanal meridiano se ha beneficiado mucho de las investigaciones llevadas a cabo por la escuela de ingeniería forestal de la ULA.











Junta Directiva

Leonor Giménez de Mendoza
Presidenta

Morella Pacheco Ramella
Vicepresidenta

Alfredo Guinand Baldó
Leopoldo Márquez Áñez
Vicente Pérez Dávila
Carlos Eduardo Quintero Mancera
Asdrúbal Baptista
Rafael Antonio Sucre Matos
José Antonio Silva Pulido
Manuel Felipe Larrazábal Aguerrevere
Alejandro Yanes Puigbó
Directores

Gerentes

Alicia Pimentel
Gerente General

Daniela Egui
Gerente de Proyectos

Rubén Montero
Gerente de Administración y Servicios Compartidos

Juan Alberto Seijas
Gerente de Relaciones con el Entorno

Alejandro Reyes
Gerente de Investigación y Desarrollo

Coordinadores de Área

Elizabeth Monascal
Desarrollo Comunitario Centro Occidente

María Bellorín
Desarrollo Comunitario Oriente

Miranda Zanón
Donaciones y Salud

Gisela Goyo
Ediciones

Renato Valdivieso
Educación Básica

Isabel Mosqueda
Educación para el Trabajo y Formación Docente

Manuel Rodríguez Campos
Historia de Venezuela

Higinia Herrera
Voluntariado Corporativo

Centros Especializados

Casa Alejo Zuloaga
Rafael Castro
Director

Casa de Estudio de la Historia de Venezuela
«Lorenzo A. Mendoza Quintero»
Susana Sará
Coordinadora



Casa Alejo Zuloaga
Un espacio para la cultura
Carretera Nacional Mariara-San Joaquín
Avenida Bolívar con calle Urdaneta
San Joaquín, estado Carabobo
Teléfonos: (0245) 5520439 / (0212) 2027518
www.fundacionempresaspolar.org

Rafael Castro
Director Ejecutivo

Carmen Elena Sánchez
Asistente Administrativo

Jesús Taborda
Administrador

Carmen Graciela Rojas
Promoción Cultural

Anmary Curvelo
Analista Informática

Jesús Blanco
Oswaldo Sánchez
Wilfredo Machado
Servicios Generales

Elvia Córdova
Yeny J. Ledesma
Mantenimiento

Daniel Marcano
Guillermo Vizcarrondo
Sergio Lovera
Wilmarys González
Eliana D. Pérez
Johanna Figuera
Vanessa Romero
Guías de Sala

Yenny Yennire Mijares
Mirianny Valladares
Espacio de Lectura

Exposición

Juguetes de siempre, artesanos de hoy
Mayo, 2008

Hecho el Depósito de Ley

Depósito legal: If25920087001429

ISBN: 978-980-379-189-6

Rafael Castro

Elizabeth Monascal

Carmen Graciela Rojas

Coordinación

Alberto Márquez

Leya Olmos

Investigación y textos

Gisela Goyo

Producción editorial

Alberto Márquez

Corrección

Eduardo Chumaceiro d'E.

Diseño gráfico y museografía

Juan Carlos Moratinos

Fotografías

Rafael Lacau

Retratos

Jairo Chavarro

Retoque digital

La Galaxia

Impresión

1.000 ejemplares

Tiraje

**Mario Colombo
Jean Pierre Le Corvec
V́ctor Caraballo
Humberto Rivas**



Casa Alejo Zuloaga

Carretera Nacional Mariara-San Joaquín
Avenida Bolívar con calle Urdaneta
San Joaquín, estado Carabobo
Teléfonos: (0245) 5520439 / (0212) 2027518
www.fundacionempresapolar.org



ISBN 978-980-379-189-6

